

J. B. Alberdi

D. F. Sarmiento

La gran polémica nacional



Cartas Quillotanas • Las Ciento y una

Prólogo de Lucila Pagliai

2do Centenario
leviatán

CARTAS SOBRE LA PRENSA Y LA POLÍTICA MILITANTE EN LA REPÚBLICA ARGENTINA

PRIMERA CARTA

“Advertencia” y Carta dedicatoria de Sarmiento a Alberdi en *Campaña en el Ejército Grande*. Motivos y tendencias conservadoras de esta publicación. Prensa argentina. La nueva situación reclama nueva prensa. Caracteres de ambas. La prensa de guerra ha concluido su misión liberal. Conatos de restauración. El caudillaje en la prensa.

Advertencia

Bueno será que el lector empiece por instruirse de la siguiente carta que ha motivado la presente publicación:

Dedicatoria de La Campaña en El Ejército Grande
Yungai, noviembre 12 de 1852.

Mi querido Alberdi:

Consagróle a usted estas páginas, en que hallará detallado lo que en abstracto le dije a mi llegada a Río de Janeiro, en tres días de conferencias, cuyo resultado fue quedar usted de acuerdo conmigo, en la conveniencia de no mezclarnos en este período de transición pasajera, en que el caudillaje iba a agotarse en esfuerzos

inútiles por prolongar un orden de cosas de hoy más imposible en la República Argentina. Esta convicción se la he repetido en veinte cartas por lo menos, rogándole por el interés de la patria y el suyo propio que no se precipitase, aconsejándole atenerse al bello rol que “sus Bases” le daban en la regeneración argentina. Si antes de conocer al general Urquiza, dije desde Chile “su nombre es la gloria más alta de la Confederación (en cuanto a instrumento de guerra para voltear a Rosas)”, lo hice sin embargo con estas prudentes reservas: “¿será el único hombre que habiendo sabido elevarse por su energía y talento, llegado a cierta altura (el caudillo) no ha alcanzado a medir el nuevo horizonte sometido a sus miradas, ni comprender que cada situación tiene sus deberes, que cada escalón de la vida conduce a otro más alto? *La historia por desgracia está llena de ejemplos, y de esta pasta está amasada la generalidad de los hombres...* ¿Y después?... Después la historia olvidará que era Gobernador de Entre Ríos, un cierto general que dio batallas y murió de nulidad, oscuro y oscurecido por la posición de su pobre provincia”. Ya está en su provincia. La agonía ha comenzado, y poco han de hacer los cordiales que desde aquí le envían y le llegan fiambres, para mejorarlo.

Óigame, pues, ahora que habiendo ido a tocar de cerca aquel hombre, y amasado en parte el barro de los acontecimientos históricos, vuelvo a este mismo Yungai, donde escribí *Argirópolis*, a explicar las causas del descalabro que ese hombre ha experimentado.

Como se lo dije a usted en una carta, así comprendo la democracia: ilustrar la opinión y no dejarla extraviarse por ignorar la verdad y no saber medir las consecuencias de sus desaciertos, usted, que tanto habla de la política *práctica* para justificar enormidades que repugnan al buen sentido, escuche primero la narración de los *hechos prácticos*, y después de leídas estas páginas, llámeme detractor y lo que guste. Su contenido, el tiempo, y los sucesos probarán la justicia del cargo, o la sinceridad de mis aseveraciones *motivadas*. ¡Ojalá que usted pueda darle este epíteto a *las suyas*!

Con estos antecedentes, mi querido Alberdi, usted me dispensará que no descienda a la polémica que bajo el transparente anónimo del *Diario* me suscita. No puedo seguirlo en los extravíos de una lógica de posición *semi-oficial*, y que no se apoya en los hechos por no conocerlos. No es usted el primer escritor invencible en esas alturas, y sin querer establecer comparaciones de talento y de moralidad política que no existen, Emilio Girardin, en la prensa de París, logró probar victoriosamente que el pronunciamiento de Urquiza contra Rosas era un cuento inventado por los especuladores de la Bolsa, y la Europa entera estuvo por un mes en esta persuasión, que la embajada de Montevideo apenas pudo desmentir ante los tribunales. Mi ánimo, pues, no es persuadirlo ni combatirlo; usted desempeña una misión, y no han de ser argumentos los que le hagan desistir de ella.

El público argentino allá y no aquí, los que sufren y no usted, decidirán de la justicia. No será el timbre menor de su talento y sagacidad el haber provocado y hecho necesaria esta publicación, pues cónstale a usted, a todos mis amigos aquí, y al señor Lamas en Río de Janeiro, que era mi ánimo no publicar mi campaña hasta pasados algunos años. Los diarios de Buenos Aires han reproducido el *ad memorándum* que la precede, el prólogo y una carta con que se lo acompañé al *Diario de los Debates*. Véalas usted en *El Nacional*, y observe si hay consistencia con mis antecedentes políticos, nuestras conferencias en Valparaíso y los hechos que voy a referir.

He visto con mis propios ojos degollar el último hombre que ha sufrido esta pena, inventada y aplicada con profusión horrible por los caudillos, y me han bañado la cara los sesos de los soldados que creí las últimas víctimas de la guerra civil. Buenos Aires está libre de los caudillos, y las Provincias si no las extravían, pueden librarse del último que sólo ellas con su cooperación levantarían. En la prensa y en la guerra, usted sabe en qué filas se me ha de encontrar siempre, y hace bien en llamarme el amigo

de Buenos Aires, a mí que apenas conocí sus calles, usted que se crió allí, fue educado en sus aulas, y vivió relacionado con toda la juventud.

Háblome de prensa y de guerra, porque las palabras que se lanzan en la primera, se hacen redondas al cruzar la atmósfera y las reciben en los campos de batalla otros que los que las dirigieron. Y usted sabe, según consta de los registros del sitio de Montevideo, quién fue el primer desertor argentino de las murallas de defensa al acercarse Oribe. El otro es el que decía en la Cámara: “¡Es preciso tener el corazón en la cabeza!” Los *idealistas* le contestaron, lo que todo hombre inocente y candoroso piensa: “Dejemos el corazón donde Dios lo ha puesto”.

Es ésta la tercera vez que estamos en desacuerdo en opiniones, Alberdi. Una vez disentimos sobre el *Congreso Americano*, que en despecho de sus lucidas frases, le salió una solemne patarata. Otra sobre lo que era *honesto y permitido* en un extranjero en América, y sus *Bases* le han servido de respuesta. Hoy sobre el Pacto y Urquiza, y como el tiempo no se para donde lo deseamos, Urquiza y su pacto serán refutados lo espero por su propia nulidad: y al día siguiente quedaremos usted y yo, tan amigos como cuando el *Congreso Americano*, y lo que era *honesto* para un extranjero. Para entonces y desde ahora, me suscribo su amigo.

Sarmiento.

Quillota, enero de 1853.

Sarmiento:

Sea cual fuere el mérito de su *Campaña*, en el ejército grande aliado de Sud América, probable es que no hubiera yo leído ese escri-

to, por escasez de tiempo para lecturas retrospectivas de ese género, ni me hubiera ocupado de contestarlo.

Pero usted ha querido ofrecerme sus páginas como comprobantes de la justicia con que usted ataca al hombre que, destruyendo a Oribe y a Rosas, se ha hecho acreedor a nuestra simpatía y apoyo, y dádonos una prueba práctica de su capacidad de repetir hechos iguales de libertad y progreso.

Con ello me ha puesto usted en la necesidad de escribir, pues si yo callase, mi silencio sería tomado, por usted al menos, como señal de asentimiento. Y como lejos de hallar en su *Campaña* la justicia de su resistencia al nuevo orden de cosas, descubro el origen personal y apasionado de ella, tengo necesidad de protestar contra la obra que usted me ha dedicado, con el derecho que me confiere el honor de su dedicatoria; contra la dirección que en ella pretende usted dar a la prensa argentina de la época que ha sucedido a Rosas, y contra ese silencio hostil, que ha dado usted en llamar *abstención*, y que no es más que la sedición pasiva y desarmada.

La prensa de combate y el silencio de guerra son armas que el partido liberal argentino usó en 1827; y su resultado fue la elevación de Rosas y su despotismo de veinte años. Usted y sus amigos, volviendo a la exaltación bisona de aquel tiempo, no hacen más que repetir los desaciertos del antiguo partido unitario, que usted mismo condenó en *Facundo* en días más serenos, y que hoy, después de veinte años de lecciones sangrientas, pretenden repetir sin tener la excusa de sus modelos.

La guerra militar y de exterminio, contra el modo de ser de nuestras poblaciones pastoras y sus representantes naturales, tuvo su fórmula y su código en el *Pampero* y el *Granizo*, imitaciones periodísticas de la prensa francesa del tiempo de Marat y Dantón, inspiradas por un ardor patriótico, sincero, si se quiere, pero inexperto, ciego, pueril, impaciente, de los que pensaban que un par de escuadrones de lanceros de Lavalle bastarían para traer en

las puntas de sus lanzas el desierto y el caudillaje, que es su resultado, en la desierta República Argentina.

Posteriormente se convino en que no había más medio de vencer el desierto y los hombres, las cosas y los usos, que el desierto desarrolla, que la inmigración, los caminos, la industria y la instrucción popular; pero repentinamente hemos visto caer la política argentina en el círculo vicioso, y resucitado el programa del *Granizo* y del *Pampero* en formas rejuvenecidas y acomodadas a los usos del día.

Tras esto vemos también asomar la abstención sediciosa que dejó todo el poder en las manos inexpertas de Dorrego, para arrancárselo por las bayonetas el 1º de diciembre de 1828.

No estoy por el sistema de esos escritores, que nada tienen que hacer el día que no tienen que atacar.

Aunque usted, Sarmiento, me dedica su *Campaña* con algunos denuetos, que no son de buen tono en un escritor de sus años y dirigiéndose a persona que pretende estimar, debo decirle que no son ellos el estímulo reprobado de estas cartas. En la misma obra y en otros lugares, usted me ha regalado elogios que compensan y anulan, cuando menos, sus dicerios.

Otro, muy general y desapasionado, es el interés que motiva esta publicación. Ni usted ni yo como personas somos bastante asunto para distraer la atención pública.

Quiero hablar de la prensa, de su nuevo rol, de los nuevos deberes que le impone la época nueva que se abre para nuestro país desde la caída de Rosas, a propósito de usted y de sus recientes escritos.

Aunque usted nunca *ha sido toda la prensa de Chile* ni mucho menos la argentina, usted ha hecho *campañas en ambas*, que le hacen un a propósito digno de este estudio. López, Bello, Pinero, Frías, Peña, Gómez, Mitre, Lastarria y otros muchos representan colectivamente esa prensa de Chile, en que usted no ha visto sino su nombre.

Usted posee un crédito legítimo, que debe a sus nobles esfuerzos de diez años contra la tiranía derrocada por el general Urquiza. Ese crédito le ha dado imitadores y sectarios antes de ahora; y tanto como era provechosa su iniciativa cuando usted combatía lo que detestaba de corazón toda la República, sería peligroso que usted atrajese a la juventud, que conoce sus antiguos servicios, en el sentido turbulento y continuamente agitador de sus publicaciones posteriores a la caída de Rosas.

Con esta mira de orden y de pacificación, voy a estudiarlo como escritor.

No espere usted de mí sino una crítica alta, digna, respetuosa. Nada tengo que hacer con su persona, sino tributarle respeto. Voy a estudiarlo en sus escritos, en lo que es del dominio de todos. Usted, que tanto defiende la libertad de examinar, de impugnar, de discutir; usted que mide a otros con la vara de la crítica, ejerciendo un derecho innegable, no podrá encontrar extraño que ese mismo derecho se ejercite para con usted, considerándole como representante de una tendencia y de una faz de la prensa argentina.

Hablar de la prensa es hablar de la política, del gobierno, de la vida misma de la República Argentina, pues la prensa es su expresión, su agente, su órgano. Si la prensa es un poder público, la causa de la libertad se interesa en que ese poder sea contrapesado por sí mismo. Toda dictadura, todo despotismo, aunque sea el de la prensa, son aciagos a la prosperidad de la República.

Importa saber qué pedía antes la política a la prensa, y qué le pide hoy desde la caída de Rosas.

Desconocer que ha empezado una época enteramente nueva para la República Argentina, después y con motivo de la caída de Rosas, es desconocer lo que ha sido ese hombre, confundir las cosas más opuestas y dar prueba de un escepticismo sin altura.

Sin dictadura omnímoda, sin mazorca; representado el país por un congreso que se ocupa de dar una constitución a la Repú-

blica; cambiados casi todos los gobiernos locales en un sentido ventajoso para su libertad; abiertos los ríos interiores al libre tráfico de la Europa, que Rosas detestó; abolidos los lemas de muerte; devueltos los bienes secuestrados por motivos políticos; en paz la República con todo el mundo, ¿se ocuparía hoy la prensa de lo mismo que se ocupó durante los últimos quince años? No ciertamente; eso sería ir contra el país, y contra el interés nuevo y actual del país. El escritor liberal que repitiese hoy el tono, los medios, los tópicos que empleaba en tiempo de Rosas, se llevaría chasco, quedaría aislado y sólo escribiría para no ser leído.

Por más de diez años la política argentina ha pedido a la prensa una sola cosa: guerra al tirano Rosas. Eso pidió al soldado, al publicista, al escritor; porque eso constituía el bien supremo de la República Argentina por entonces. Esa exigencia de guerra ha sido servida por muchos; usted es uno de ellos, no el único. Una generación entera de hombres y jóvenes se ha consumido en esa lucha. Por diez años usted ha sido el soldado de la prensa; un escritor de guerra, de combate. En sus manos la pluma fue una espada, no una antorcha. La luz de su pluma era la luz del acero que brilla desnudo en la batalla. Las doctrinas eran armas, instrumentos, medios de combate, no fines. No le hago de esto un reproche: establezco un hecho que cede en honor suyo, y que hoy explica otros hechos. *Comercio, inmigración, instrucción, navegación de los ríos, abolición de las aduanas, sólo eran proyectiles de combate en sus manos; cosas que debían presentarle un interés secundario después del triunfo sobre el enemigo de ese comercio, de esa navegación de los ríos, de esa inmigración de la Europa que usted defendía porque el otro atacaba.*

Desgraciadamente la tiranía que hizo necesaria una prensa de guerra ha durado tanto que ha tenido tiempo de formar una educación entera en sus sostenedores y en sus enemigos. Los que han peleado por diez y quince años han acabado por no saber hacer otra cosa que pelear.

Por fin ha concluido la guerra por la caída del tirano Rosas, y la política ha dejado de pedir a la prensa una polémica que ya no tiene objeto. Hoy le pide la paz, la Constitución, la verdad práctica de lo que antes era una esperanza. Eso pide al publicista, al ciudadano, al escritor.

¿Le dan ustedes eso? ¿Sus escritos modernos responden a esa exigencia? ¿Representan ustedes los nuevos intereses de la República Argentina en sus publicaciones posteriores al 3 de febrero? El mal éxito que usted ha experimentado por la primera vez entre sus antiguos correligionarios de la lucha contra Rosas, le hace ver que su pluma tan bien empleada en los últimos años, no sirve hoy día a los intereses nuevos y actuales de la República desembarazada del despotismo de Rosas.

Ante la exigencia de paz, ante la necesidad de orden y de organización, los veteranos de la prensa contra Rosas han hecho lo que hace el soldado que termina una larga guerra de libertad, lo que hace el barretero después de la lenta demolición de una montaña. Acostumbrados al sable y a la barreta, no sabiendo hacer otra cosa que sablear y cavar, quedan ociosos e inactivos desde luego. Ocupados largos años en destruir, es menester aprender a edificar.

Destruir es fácil, no requiere estudio; todo el mundo sabe destruir en política como en arquitectura. Edificar es obra de arte, que requiere aprendizaje. En política, en legislación, en administración no se puede edificar sin poseer estas ciencias (porque estas cosas son ciencias), y estas ciencias no se aprenden escribiendo periódicos, ni son infusas.

La nueva posición del obrero de la prensa es penosa y difícil como en todo aprendizaje, como en todo camino nuevo y desconocido.

En la paz, en la era de organización en que entra el país, se trata ya no de personas sino de instituciones; se trata de Constitución, de leyes orgánicas, de reglamentos de administración po-

lítica y económica; de código civil, de código de comercio, de código penal, de derecho marítimo, de derecho administrativo. La prensa de combate, que no ha estudiado ni necesitado estudiar estas cosas en tiempos de tiranía, se presenta enana delante de estos deberes. Sus orgullosos servidores tienen que ceder los puestos, en que descollaban cuando se trataba de atacar y destruir, y su amor propio empieza a sentirse mal. Ya no hay ruido, gloria, ni laureles para el combatiente; empieza para él el olvido ingrato que es inherente a la república.

El soldado licenciado de la vieja prensa vuelve con dolor su vista a los tiempos de la gloriosa guerra¹. La posibilidad de su renovación es un dorado ensueño. De buena gana repondría diez veces al enemigo caído, para tener el gusto de reportar otras diez glorias en destruirlo. Pelear, destruir, no es trabajo en él; es hábito, es placer, es gloria. Es además oficio que da de vivir como otro; es devoción fiel al antiguo oficio; es vocación invencible otras veces: es toda una educación finalmente.

Al primer pretexto de lucha ¿qué hace el soldado retirado de la antigua prensa? Grita a las armas; se pone de pie. ¿No hay un verdadero Rosas? finge un Rosas aparente. Le da las calidades del tirano caído, establece su identidad, y así legitima el empleo íntegro de sus antiguos medios. La política de la prensa queda reinstalada en su antiguo terreno. Los códigos, la organización, es decir, el estudio de lo que se ignora, queda postergado para después. Es preciso antes allanar el terreno, destruir el obstáculo. El obstáculo son los *caudillos*, es decir, una cosa tan indeterminada y vaga como los *unitarios*, que se puede perseguir cien años sin que

¹ “Para mí no hay más que una época histórica que me conmueva, afecte e interese, y es la de Rosas. Este será mi estudio único en adelante, como fue combatirlo mi solo estimulante al trabajo, mi solo sostén en los días malos.” - Sarmiento, en abril de 1852.

se acabe la causa de la guerra que es útil al engrandecimiento del guerrero.

Se hizo un crimen en otro tiempo a Rosas de que postergase la organización para después de acabar con los *unitarios*; ahora sus enemigos imitan su ejemplo, postergando el arreglo constitucional del país hasta la conclusión de los *caudillos*. Siempre que se exija una guerra previa y anterior para ocuparse de constituir el país, jamás llegará el tiempo de constituirlo. Se debe establecer como teorema: Toda postergación de la Constitución es un crimen de lesa patria; una traición a la República. Con *caudillos*, con *unitarios*, con federales, y con cuanto contiene y forma la desgraciada República, se debe proceder a su organización, sin excluir ni aun a los malos, porque también forman parte de la familia. Si establecéis la exclusión de ellos, la establecéis para todos, incluso para vosotros. Toda exclusión es división y anarquía. ¿Diréis que con los malos es imposible tener libertad perfecta? Pues sabed que no hay otro remedio que tenerla imperfecta y en la medida que es posible al país tal cual es y no tal cual no es. Si porque es incapaz de orden constitucional una parte de nuestro país, queremos anonadarla, mañana diréis que es mejor anonadarla toda y traer en su lugar poblaciones de fuera acostumbradas a vivir en orden y libertad. Tal principio os llevará por la lógica a suprimir toda la nación argentina hispano colonial, incapaz de república y a suplantarla de un golpe por una nación argentina anglo-republicana, la única que estará exenta de caudillaje. Ese será el único medio de dar principio *por la libertad perfecta*; pero si queréis constituir vuestra ex-colonia hispano-argentina, es decir, esa patria que tenéis y no otra, tenéis que dar principio por la *libertad imperfecta*, como el hombre, como el pueblo que deben ejercerla, y no aspirar a la libertad que tienen los republicanos de Norte América, sino para cuando nuestros pueblos valgan en riqueza, en cultura, en progreso, lo que valen los pueblos y los hombres de Nueva York, de Boston, de Filadelfia, etc.

El día que creáis lícito destruir, suprimir al gaucho porque no piensa como vos, escribís vuestra propia sentencia de exterminio y renováis el sistema de Rosas. La igualdad en nosotros es más antigua que el 25 de Mayo. Si tenemos derecho para suprimir al *caudillo* y sus secuaces porque no piensan como nosotros, ellos le invocarán mañana para suprimirnos a nosotros porque no pensamos como ellos. Writh decía, que en el uso de los medios violentos los federales de Rosas no habían sido sino la exageración de los unitarios de Lavalle. El día que este general fusiló a Dorrego por su orden, quedó instalada la política que por veinte años ha fusilado discrecionalmente. El *Granizo* y el *Pampero* inauguraron la prensa bárbara que acabó con él y con los suyos.

No hay más que un medio de admitir los principios, y es admitirlos sin excepción para todo el mundo, para los buenos y para los pícaros. Cuando la iniquidad quiere eludir el principio, crea distinciones y divisiones; divide los hombres en buenos y malos; da derechos a los primeros y pone fuera de la ley a los segundos, y por medio de ese fraude funda el reinado de la iniquidad, que mañana concluye con sus autores mismos. Dad garantías al caudillo, respetad el gaucho, si queréis garantías para todos.

La prensa que subleva a las poblaciones argentinas contra su autoridad de ayer, haciéndoles creer que es posible acabar en un día con esa entidad indefinible y pretende que con sólo destruir a este o aquel jefe es posible realizar la república representativa desde el día de su caída, es una prensa de mentira, de ignorancia y de mala fe: prensa de vandalaje y de desquicio, a pesar de sus colores y sus nombres de civilización.

Facundo Quiroga invocaba en sus proclamas la libertad perfecta, el odio a los tiranos cuando devastaba la República Argentina en 1830².

² "ARGENTINOS: OS juro por mi espada que ninguna otra aspiración me anima que la de la libertad. Libre por PRINCIPIOS y por propensión, mi estado natu-

No es el color lo que hace el rojo, sino el furor de destrucción. Hay *rojos azules* más terribles que Barbés. Con el color rojo se ha triunfado de Rosas; con el azul se trabaja por restablecerlo.

Es la mala prensa, la venenosa prensa de guerra civil, que tiene la pretensión necia de ser la prensa grande y gloriosa, que en otro tiempo luchaba contra el tirano, objeto de escándalo de un siglo y de dos mundos.

He ahí la prensa degenerada y bastarda que hemos visto anhelosa de reaparecer después de la caída de Rosas, no solamente por sus partidarios disfrazados, lo que no era extraño, sino por sus enemigos unidos con los otros.

Hemos visto realizada por los combatientes de los dos campos de la antigua prensa, una fusión de lucha y de combate, en que los unos y los otros, cediendo a la ley común de sus antecedentes belicosos, han proseguido juntos la vida de peleas que llevaron encontrados por diez años.

He ahí el terreno en que los escritos de los últimos meses, en que los antiguos y nuevos enemigos de Urquiza han querido echar la prensa y la política argentina, más por mal hábito que por mala intención.

Rosas ha dejado ese mal a la República Argentina. Le ha dejado la costumbre del combate en que hizo vivir todas sus clases por largos años. El soldado, el escritor, el comerciante, haciendo del combate su vida normal, hoy tocan una verdadera crisis al entrar en la vida de paz y de sosiego. No conocen el mecanismo, los medios de la vida de tranquilidad y de trabajo pacífico; o mejor, no se avienen a dejar las formas y condiciones, que habían dado a su antiguo modo de existencia.

ral es la libertad: por ella verteré mi sangre y mil vidas, y no existirá esclavo donde las lanzas de La Rioja se presenten. Oprimidos: los que deseáis la libertad o una muerte honrosa, venid a mezclarlos con vuestros compatriotas y con vuestro camarada. - JUAN FACUNDO QUIROGA" - (Proclama auténtica de este caudillo.)

La vida de paz pide una prensa de paz, y la prensa de paz pide escritores nuevos, inteligentes en los intereses de la paz, acostumbrados al tono de la paz, dotados de la vocación de sus conveniencias, enteramente opuestas a las de la guerra.

Ese rol es imposible para los escritores de guerra. No hay ejemplo de que el soldado veterano se haga comerciante perfecto; y se necesitan fuerzas sobrehumanas, para que un hombre, acostumbrado a predicar la guerra por 15 años, se vuelva un predicador de concordia y de sosiego de un día para otro.

Así al toque de alarma en Buenos Aires el 11 de septiembre, incitados por sus viejos hábitos, todos los escritores de guerra han vuelto a su terreno favorito del ataque.

El objeto personal no existía; pero se convino en que Urquiza sería peor que Rosas, y con sólo esa tiranía de convención fue posible restablecer íntegramente la antigua argumentación, el pasado programa, las mismas palabras de orden, el mismo tono y los mismos medios, de la prensa y de la política de otro tiempo.

En esta posición nueva los antiguos escritores de pelea desconocieron las condiciones que la nueva vida política imponía a la polémica argentina.

Estas condiciones nacían del personal y de las miras de los nuevos partidos en lucha.

La división tenía hoy lugar en el seno del partido liberal, en el seno del partido que acababa de destruir a Rosas. Eran los antiguos compañeros de armas que se dividían en dos campos rivales. La libertad tenía creyentes y soldados en uno y otro campo; caballeros y hombres de honor había en los dos terrenos. Y sin embargo fue atacado el que acababa de dar libertad a la República Argentina, con las mismas armas con que antes se combatía al que la ensangrentó y encadenó por veinte años; el tacto de esos escritores no supo discernir la diferencia que debe existir entre el modo de atacar al que siempre fue enemigo, y al que ayer fue amigo y prestó a la libertad servicios que duran hoy y durarán eternamente.

Gutiérrez, la primera notabilidad literaria de la República Argentina, Peña, el viejo amigo de Rivadavia, el querido de Florencio Varela, el antiguo director del Colegio de ciencias morales, que tiene discípulos ilustres en cada provincia argentina; López, Pico, Alberdi, Mármol, el bardo de la libertad; Seguí, el que autorizó el grito inmortal de guerra al tirano el 1º de mayo de 1851, han sido tratados con los mismos dictados que se dirigían a los degolladores de Buenos Aires en tiempo de Rosas. La flor de la sociedad culta de Mendoza ha sido apellidada *mashorca*. Los gobernadores provinciales, salidos ayer del seno de la primera sociedad argentina, han sido insultados con el dictado de *caudillos* y tiranos.

Esa aberración de la vieja prensa es imperdonable y funesta en resultados. Usando contra hombres de honor y de patriotismo, el tono y las palabras que se emplearon contra Cuitiño, Salomón y otros matadores insignes, esa prensa se muestra torpísima, desnuda de tacto, y modelo abominable de intolerancia y de opresión intelectual. Para legitimar el empleo de ese tono brutal, finje que sus adversarios actuales son iguales a los pasados, es decir, se hace culpable de calumnia contra sus hermanos de causa y de padecimientos, y todo por excusar su pereza, su falta de estudio, de educación y de inteligencia práctica en las leyes caballerescas de los debates de libertad.

Viene forzosamente para en adelante la vida representativa y de libre discusión; habrá divisiones de opiniones; habrá lucha, habrá debates más ardientes que nunca porque serán más libres; habrá todo eso porque todo eso constituye la vida de libertad y una condición de toda sociedad de hombres. ¿Qué piensa hacer la vieja prensa en ese tiempo? ¿Piensa emplear siempre las mismas armas que cruzaba en otra época con los cuchillos de la *mashorca*? ¿Piensa siempre llamar *venal*, *corrompido*, *servil* al escritor o al orador que por desgracia no vea las cosas como las ve el antiguo combatiente contra Rosas? No teniendo don de infalibili-

dad, es creíble que encuentre a menudo preopinantes de honor y de capacidad: ¿pensará siempre *sacarlos a la vergüenza pública, ponerlos en la picota, flagelarlos por la espalda*, según las leyes de Felipe II y de la Inquisición, por el crimen de tener una opinión diferente?

En las edades y países de caudillaje, hay caudillos en todos los terrenos. Los tiene la prensa lo mismo que la política. La tiranía, es decir, la violencia está en todos, porque en todos falta el hábito de someterse a la regla.

La prensa sudamericana tiene sus caudillos, *sus gauchos malos*, como los tiene la vida pública en los otros ramos. Y no por ser rivales de los caudillos de sable, dejan de serlo los de pluma. Los semejantes se repelen muchas veces por el hecho de serlo. El caudillo de pluma es planta que da el suelo desierto y la ciudad pequeña: producto natural de la América despoblada.

La prensa, como elemento y poder político, engendra aspiraciones lo mismo que la espada; pero en nuestras poblaciones incultas, automáticas y destituidas de desarrollo intelectual, la prensa que todo lo prepara, nada realiza en provecho de sus hombres y sólo allana el triunfo de la espada, que al instante halla en su contra la ambición periodística, que antes tuvo por apoyo.

Este carácter de la prensa sudamericana es digno de particular estudio en la época que se abre, de reacción del espíritu culto de la Europa contra el espíritu campesino, contra los hábitos de aldea, que prevalecen en todos los elementos de la sociedad naciente de Sudamérica, sin excluir la prensa, la tribuna, ni las ciudades.

Tenemos la costumbre de mirar la prensa como terreno primitivo de la libertad y a menudo es refugio de las mayores tiranías, campo de indisciplina, de violencia y de asaltos vandálicos contra todas las leyes del deber. La prensa, como espejo que refleja la sociedad de que es expresión, presenta todos los defectos políticos de sus hombres.

Aunque nuestras gacetas no se escriben en los campos, se escriben en ciudades compuestas de elementos campesinos, ciudades sin fábricas, sin letras, de vida civil incompleta y embrionaria, simples mansiones de agricultores, de pastores, de mineros ricos, que acuden a disfrutar de lo que han adquirido en la vida de los campos, que es la vida sudamericana por esencia. De aquí es que la prensa, como el salón, como la tribuna, como la academia misma, están llenas de *gauchos* o *guasos* de exterior inglés o francés.

El escritor de este género, el caudillo de la prensa como el gaucho de los campos, se distingue por su amor campestre a la independencia de toda autoridad, a la indisciplina, a la vida de guerra, de contradicción y de aventuras. Detesta todo yugo, aun el de la lógica, aun el de los antecedentes. Libre como el centauro de nuestros campos, embiste a la Academia española con tanto denuedo como a las primeras autoridades de la República.

Es el tipo de escritor que prevalece en nuestra prensa medio civilizada en usos de libertad como la sociedad sudamericana de que es expresión. Predica el europeísmo y hace de él un arma de guerra contra los caudillos de espada; pero no toma para sí el tono y las costumbres europeas al *Times* o al *Diario de Debates* parisiense en la impugnación y el ataque. Defiende las garantías privadas contra los ataques del sable, pero olvida que el hogar puede ser violado por la pluma. Estigmatiza al gaucho que hace manea con la piel del hombre, y él *saca el pellejo* a su rival político con pretexto de criticarlo. Espíritu tierno y susceptible (porque al fin es de Sudamérica), equivoca la obstinación presuntuosa con el carácter, la concesión civilizada del inglés, con la cobardía que se rinde a discreción.

Si los gauchos en el gobierno son obstáculos para la organización de estos países, ¿los gauchos de la prensa podrán ser auxiliares y agentes de orden y de gobierno regular? Todo es obstáculo para el establecimiento del gobierno en esta América inconmen-

surable, en que la ley es impotente porque está a pie, sin caminos, sin dinero, sin armas y el desierto protege lo mismo a sus defensores de espada que a sus ofensores de pluma. Y sin embargo, es menester caminar en la obra de la organización contra la resistencia del gaucho de los campos y de los gauchos de la prensa. Si los unos son obstáculos, no lo son menos los otros: pero si ellos son el hombre sudamericano, es menester valerse de él mismo para operar su propia mejora o quitar el poder al gaucho de poncho y al gaucho de frac, es decir, al hombre de Sudamérica para entregarlo al único hombre que no es gaucho, al inglés, al francés, al europeo, que no tardaría en tomar el poncho y los hábitos que el desierto inspiró al español europeo del siglo XV, que es el americano actual: europeo degenerado por la influencia del desierto y de la soledad.

SEGUNDA CARTA

Extravío de la prensa liberal después de la caída de Rosas. Campaña y escritos del señor Sarmiento. Son acusación, no historia: él es parte y no testigo ni juez. Motivos de su oposición personal acreditados por sus obras. Base de su crítica militar. Importación indiscreta de la ciencia francesa, en guerras como en política. Esa obra sirve al desorden, distrae la opinión de los asuntos serios y compromete la gloria argentina. Caricatura de la batalla de Caseros. Propaganda de resistencia anárquica.

Quillota, enero de 1853.

He hablado en mi carta anterior de las condiciones nuevas de la prensa; en la presente me ocuparé de examinar sus últimas publicaciones con arreglo a los principios allí sentados.

Esos principios explican en parte los escritos de usted, pero no los explican del todo. En política es raro el acto que reconoce un solo motivo y no varios.

El interés de este estudio es impersonal y desapasionado. No intento defender a Urquiza y atacar a usted: escribo en obsequio del orden la bibliografía de un trabajo destinado a perturbarlo. Escribo la bibliografía de su *Campaña*, que estará unida con el recuerdo de la campaña contra Rosas, para hacer rectificaciones

LAS CIENTO Y UNA

PRIMERA DE CIENTO Y UNA

Al Excmo. señor enviado plenipotenciario efectivo cerca de los diarias de Valparaíso y ad referendum, cerca del gobierno de Chile, doctor don Juan Bautista Alberdi.

En la olla podrida que ha hecho usted de Argirópolis, Facundo, La Campaña, etc., etc., condimentados sus trozos con la vistosa salsa de su dialéctica saturada de arsénico, necesito poner orden para responder y restablecer cada cosa en su lugar. Por ahora me basta fijar las cuestiones primordiales.

¿De qué se trata en sus cartas quillotanas? De demoler mi reputación. ¿Quién lo intenta? Alberdi.

¿Qué causa lo estimula? Ser empleado para ello.

¿Cómo le vino ese empleo? Negociándolo por medio de Gutiérrez, a trueque de escribir en Chile.

¿Cuál es el resultado de su libro? Dejar probado que no soy nada y que usted lo es todo.

Todo esto necesitaré tener presente en estas primeras consideraciones.

Además, Alberdi es un abogado culto y no periodista de profesión. Yo no soy sino periodista a sueldo, un gaucho majo de la prensa. Asumo con placer tal carácter; a bien que escritos el libro de Alberdi y mis réplicas para lectores gauchos, gobiernos

gauchos y ejércitos gauchos, que se están dando de sablazos, no les ha de saber tan mal el lenguaje campestre del pago, y el de la ciudad pequeña, que es el mío. Si no hago las reservas del abogado Alberdi es que él lo ha establecido: no soy abogado.

Sus escritos en El Diario y en El Mercurio desde agosto provocaron mis publicaciones desde octubre. Sus panfletos de Quilmes desde enero le atraerán los que desde marzo (en que logré verlos) empiezo.

No olvido la sangrienta reyerta con que por un año mortificó a Valparaíso en su empeño de anonadar a Juan Carlos Gómez; que más tarde continuó con Peña y después la siguió con Mitre. Había tenidoselas antes con Gutiérrez. Con Tejedor se sabe lo que intentó el insigne camorrista contra argentinos en el destierro. Conmigo esta es la cuarta embestida; y después de estas aquí y las más sangrientas en Montevideo contra los Várelas, hoy muertos y por tanto objetos de respeto hasta para usted, y contra Lavalle cuando no adoptó los planes de campaña que usted le envió. Pero aquellos han quedado sanos y salvos y, lo que es más, mundos y limpios de las salpicaduras de su baba atrabiliaria.

Es usted abogado rico; yo periodista a sueldo, y yendo y viniendo escritos, veré hasta dónde va el encono, el dinero, la capacidad y la lógica de usted. ¡Batallas! me dice como Almagro (usted es alma muerta), ¡usted es su elemento! ¡Prensa de combate! ¡Gaucho de la prensa! Allí iré luego, doctor.

A usted no se le refuta. Con rectificar lo que usted dice, nada queda por hacer. Las posiciones que usted asume son realmente dignas del fondo y del objeto de sus quillotas. Véase si no: soy yo, periodista de la prensa guerrera, y usted que escribe hoy periódicos sometidos a disciplina, no es periodista sino abogado. Usted nada en riquezas, en medios independientes de vivir, otros viven de sueldos de periodistas. Ha estudiado usted en colegios y hay quienes no sepan lo que usted sabe o debiera saber. Todos mis escritos emanan de los de usted, y si yo dije algo que usted

no dijo, lo habían dicho en cambio en 1838 los jóvenes de Buenos Aires, de que usted formaba parte. Para usted viene la luz, para mí viene la época del olvido ingrato.

Y si algo queda que me diera valor a mis propios ojos o a los ajenos, ese algo lo hace usted menudos fragmentos y me lo arroja por la cara. *Facundo, Argirópolis*, política, intenciones, capacidad, estudios, servicios, ¿qué me ha quedado? Soy el Job de la República Argentina, el instrumento roto, mellado y arrojado al muladar. Su ventaja es inmensa, como su superioridad infinita. Usted me había dejado vivir diez años, ¡cuánta bondad! y un día que su desagrado olímpico estalla, porque cólera sentaría mal a usted, provocada por objeto tan mezquino, me toma entre dos dedos y me troncha, diciendo a sus amigos: *ecco lo qua!*

Lo peor es que yo nada tenga que analizarle a mi turno que venga a cuento. Sus *Bases* las apruebo, porque no es aquí el lugar de discutirlos; De *Treinta y siete años* me mandó usted sólo las seis páginas últimas (guardándose las treinta y seis primeras), para mostrarme cómo había hablado de constitución en 1847 y cómo se movía Tucumán en 1851 por el efecto que producían sus escritos antediluvianos. Si es la *Memoria*, sería impiedad filial poner la mano sobre ella con mis pobres lucubraciones, hijos naturales que su genio de usted engendró en cortesana con cuarto a la calle. ¡Ni sabía usted que tales hijos tenía! Si los *Preliminares*, me los arrebató usted de mi estante en 1844, pues no quería que ese libro ligero, obra de la niñez, circulase. En cuanto a su estilo, ¡ni tocarlo, usted que habla de la academia y del minotauro de nuestros campos!

¿Qué me queda, si no seguirlo paso a paso, pidiéndole gracia como el mendigo que pide un óbolo? ¡Pero está usted tan alto! ¡tan elevado! ¡tan sostenido!

Tengo, sin embargo, una ventaja, y debo aprovecharla. Usted cree sincero cuanto yo digo, y me hace en ello justicia. En todo su libro ha querido poner usted la prueba de mi pasión, error, ig-

norancia y malos hábitos. Pero usted, como todos, me cree honrado. No lo creo así yo a usted (hablo en política); no lo creen una gran parte de sus compatriotas y no se cree usted tampoco, Alberdi. Gustaría usted de que se le llame hombre de estado, hombre reservado, de peso, serio, circunspecto, honesto; pero aquello de honrado es una broma de que usted se ríe a sus solas.

Esta convicción me quita un enorme peso, disipa la fascinación que sus escritos me causan y me alienta a proseguir. Principio, pues, su libreto de ópera por el introito.

-“Sea cual fuere el mérito de su *Campaña*, probable es que no hubiese yo leído ese escrito *por falta*, de tiempo.”

¡Pillería, Alberdi! Es la *réclame* del sangrador principiante, que dice a sus clientes: le sacrificaré un minuto... mis prácticas me abruma... Esto da aires de hombre muy necesario, muy importante.

Óigase usted página 62: “A todo lo que aparecía de su pluma nuestra palabra de orden era ¡bravo! ¡estupendo! Lo aplaudíamos sin leerlo. A mí me sucedió de ordinario”.

Veamos sus cartas particulares: -“Usted me lleva la ventaja de tener tiempo de sobra, mientras que yo apenas tengo tiempo para escribirle billetes brevísimos en pésima letra”.

-“Una biografía, etc., es lo que convendría; *me falta el tiempo*. Me debo a las obligaciones de mi profesión molesta y exigente.”

-“El sábado recibí su carta y ayer domingo me fue imposible *disponer de un rato* para contestarla.”

-“Recibí su carta antes de ayer, y ayer los *quehaceres* de oficio no me permitieron contestarla.”

-“Mil veces he estado por escribirle estos días; pero usted sabe que a menudo *me falta el tiempo* hasta para pensar en mí.”

-“Perdóneme acabar aquí; *quehaceres* del oficio me *quitan el tiempo*.”

-“Mis clientes pagan (¡así!) el tiempo que doy a esta correspondencia que hasta aquí me ha dado la pérdida de mi coalición.”

-“Los cien negocios que tengo sobre mis hombros de mosquito... son causa de que no conteste en el acto.”

-“Ayer *recién* vi su carta y siento que haya sido después de la salida del correo, porque hubiese aprovechado de su excelente indicación para Gutiérrez. Todavía la he de usar; ¡pobre! sentiré que tenga que vivir de empleos públicos, que es la última desgracia que un hombre pueda tener en estos países democráticos.”

Yo pido, por caridad, a todo hombre honrado que diga si habría tenido durante dos meses la paciencia que he tenido yo, para no tomar la pluma al recibir la tercera o la sexta vez esta retahíla, esta muleta de las *ocupaciones*, y mandar echar a pasear al charlatán mal criado que, por la manía y el plan de *embaucar* y hacer creer que lo abruma los pleitos, somete a sus correspondientes a este martirio.

Este hecho revela a Alberdi, y no existiendo en tiempo de Molière la *réclame*, que ha hecho ganar millones en estos tiempos a los autores de pomadas maravillosas, de bálsamos de Tetuán para curar enfermedades secretas, no vio este tipo original moderno del periodista *reclame*, que publica un panfleto estudio del derecho, *diz que* en Genova, para hacerse recibir abogado, y escribe *novelas de periódicos* y monta un club para hacerse nombrar enviado plenipotenciario.

Añádase al tormento de recibir todos los días este desaire el ultraje de venir escrito en una letra infernal, ininteligible, muestra de la educación primaria del que así escribe y testigo indeleble de los azotes y puntapiés que llevó en vano en la escuela este carácter disipado, díscolo, incapaz de atención sostenida, de trabajo asiduo. El egoísmo y la mala crianza suelen tener por espejo una letra ininteligible. ¡Qué le importa al que la escribe los disgustos, los martirios que va a sufrir el infeliz que tenga que pasar horas en descifrar palabras que ocultan el pensamiento en letra que disfraza las palabras mismas!

En la introducción de las quillotanas está, pues, la tablilla del

Fíguro, avisando a los parroquianos que allí donde hay una mano pintada con lanceta se sacan muelas.

Sentado en su libreto que el *tiempo le falta* para recoger las pesetas que persiguen a su fama, emprende la de buscar aliados y simpatías. “Aunque usted *nunca ha sido toda la prensa de Chile*, ni mucho menos la argentina, usted ha hecho *campañas en ambas* que le hacen un propósito digno de este estudio. López, Bello, Pínero, Frías, Peña, Gómez, Mitre, Lastarria y otros muchos representan colectivamente esa prensa de Chile, en que usted no ha visto sino su nombre.”

¿A qué viene esto, Alberdi? ¿De dónde tomó la frase subrayada que me reprocha? Busco y encuentro que habiéndome pasado una nota Urquiza, en que, a propósito de boletines, me decía que la prensa de Chile había estado chillando en vano, contéstele que no toda, sino que la prensa chillona de Chile había sido yo, para recoger el guante dirigido sólo a mí. ¿Qué tienen que ver Lastarria y Bello en esto? Pero Alberdi necesita tenerlos de su parte o afectar defenderlos.

No se nombra él, empero, en la lista de los que escriben o escribieron en la prensa: 1º porque va a establecer en adelante que no es ni fue periodista, sino abogado, y 2º porque él no ha *chillado* nunca (en vano) por la prensa, que es de lo que hablaba Urquiza.

Cuando en agosto de 1852 empezó a escribir periódicos en Valparaíso se iba a negociar su nombramiento de embajador en Buenos Aires; sesenta días después de principiar la *obrita* le llegó el nombramiento. Esto se llama no dar puntada sin nudo. Alberdi no chilla y no era a él a quien Urquiza quería herir.

En cuanto a haber hecho *campañas en ambas*, subrayando con ironía, sostengo que en *ambas* prensas o repúblicas, y en *ambos*, sentidos, recto y figurado, he hecho campañas. El 20 de abril fui de los primeros que me presenté con mi rifle en el lugar del combate, por la misma razón que Alberdi se fugó de Montevi-

deo, a saber: porque cada uno es dueño de su pellejo: y en Caseros estuve en donde se habría guardado muy bien el *conservador utriusque*.

Usted tiene, Alberdi, un título que es también *un ambo* en la lotería de la vida: abogado de Montevideo y Chile; pero en su patria no es ni doctor, ni licenciado, ni abogado siquiera, y cuando vaya tendrá que rendir exámenes públicos para recibirse, aunque no pueda ya mascar el agua, o le trasude la *ciencia*, de que hablaré luego. Queda, pues, la cita rebatida, confundido usted de falsearla, añadiéndole un *toda* y de desvirtuar su noble significado, sacándola del lugar y propósito con que tal cosa dije; y apartados del debate Bello, Lastarria, Gómez, por no ser partes.

Esta es la entrada triunfal de aquel grave Dulcamara de la diplomacia argentina. Veamos la atmósfera que se cría para despedazarme en cartas que finge dirigidas a mí, y juramenta a sus secuaces para que no las divulguen y lleguen a mis manos. “¿Representan VV. los nuevos intereses de la República Argentina en sus publicaciones posteriores al 3 de febrero? El *mal éxito* que usted ha experimentado entre sus antiguos correligionarios le hace ver que su pluma, tan bien templada en los últimos años, no sirve hoy a los intereses nuevos, etc.”

El *mal éxito* es un hecho, pues, incuestionado, incuestionable. Hay en ello superchería del que lo establece, y verdad parcial que no está en nuestras manos remediar.

Superchería. En Santiago todos mis correligionarios políticos, más todavía, todos los argentinos sin excepción, si no están del todo de acuerdo conmigo, lo que ignoro, porque no me ocupo de saberlo, ni me interesa, lo están al menos en detestar los procedimientos y manejos de Alberdi. Deseo que quien se crea agraviado por aserción tan absoluta me lo reclame. En Valparaíso viven los argentinos divididos en dos campos hostiles, y los que no han querido formar parte del club, o se han separado de él, y a quienes el mal o buen éxito de mis escritos debe importarles po-

co, rechazan con indignación, con desprecio, con odio, los procedimientos políticos del abogado de las ocupaciones del oficio (periodista). Ciento setenta y siete firmas de Copiapó apoyaron por la prensa otros principios que los proclamados por el club.

De esto hay confesión de *parte*. En carta de 16 de octubre dice usted: “Me es indiferente que tomen este o aquel partido en cuanto a mí; yo no desmayaré por los desdenes (*desprecios*) de Copiapó”.

¿Será el mal éxito en el club? Convenido. Pero correligionarios en el sentido de trabajar antes contra Rosas como trabajan hoy por Urquiza no conozco ninguno en el club. Serán, sin duda, de los que entonces decían: *bravo, estupendo a todo, sin leer*. Creo que hacen lo mismo ahora, por las cosas de Urquiza.

¿Será en la República Argentina? Distingamos. La República Argentina es hoy un campo de batalla. Para con Lagos, con Benavídez, con el directorio, es claro que mis escritos deben tener un éxito, por lo menos dudoso. Los de Alberdi, enviado diplomático, nombrado por el directorio, me consta que lo tienen cumplido. En Buenos Aires, en la capital de la República, donde se defiende lo que yo he creído justo, necesario e inevitable, necedad sería suponer que me tengan ojeriza. ¿Gústales a ustedes el aplauso de Lagos y demás? Hay gustos que merecen palos; pero en fin, en materia de gustos nada se ha escrito. El mal éxito, pues, como base aceptada, es una de tantas pille-rías de Alberdi.

Y ahora arrimaré del fondo del libro de las cartas otra de las de Alberdi que cronológicamente precede a la anterior. Habla Alberdi: “La autoridad argentina surgió de los hechos en febrero de 1852, su fuente ordinaria y normal. Merecía su existencia, puesto que emanaba de un hecho de libertad. Usted mismo había contribuido a crearla. Pero después de nacida ¿qué hizo usted?” ¿Creerá el lector que Alberdi va a responder buenamente lo que el lector está ya respondiendo, a saber: que me embarqué veinte

días después de *nacida* la criatura y regresé a mi casa a Chile? ¿Qué contesta Alberdi? “Se enroló en las filas de Alsina, unitario de 1829, y le ayudó a combatir esa autoridad naciente, por vicios de forma.” No me enrolé en las filas de nadie, doctorcito, puesto que me retiré a Chile.

Vicios de forma, dice usted: vicios de *esencia* dijeron todos. ¿Quién tiene razón, abogado Alberdi, cuando dos litigantes no quieren estar de acuerdo sobre un punto? Cuando la autoridad existe, deciden los jueces establecidos; cuando se trata de *fundarla*, la cuestión se maneja por cañonazos, por congresos o por tratados.

La autoridad que *debió* surgir hubiera dicho usted si fuera otra cosa que un truchimán, está aún por cimentarse. ¿Aprueba el director los tratados? ¿Se obstina Buenos Aires en resistir esa autoridad? ¿Será el directorio, será Buenos Aires lo que triunfe? Es lo que usted espera con el cuello tan largo que le trasmitan sus agentes de Mendoza. Del taco de un cañón puede salir para usted íntegro el despacho de plenipotenciario que le llegó en dos pedazos, para renunciarlo, en lo que hará usted bien, para aceptarlo, en lo que hará usted mejor.

Se pelea, pues; peleamos. La autoridad que *debió* surgir no surgió; nacida, no se robusteció. Abdicó, bamboleó, se levantó un poco, y sigue luchando por establecerse. ¿No debieron ponerle tropiezos? Ya; eso es bueno para los que tienen velas en el entierro. Para los objetos y fines con que se hizo nacer esa autoridad, eso es otra cosa, y yo no lo discutiré aquí. Siento sólo hechos, la República está dividida, pues se trata de unirla. Usted tira para un lado, y no es el que no le conviene; yo tiro para otro, y usted dirá si me conviene hoy más que lo que me convino cuando me alejé del teatro de la guerra. Así discuten publicistas de opiniones extremas, pues sólo un charlatán establece como incuestionable base de partida lo que su adversario le niega. Esas tretas son buenas para los diarios que usted escribe, periodista de profesión, y abogado *además*.

¿Fue usted primero periodista que abogado? ¿sí o no? Yo sé cómo se ponen remiendos en la edad madura, ante el aguijón de la necesidad, a las carreras que las veleidades del piano y de la *Moda* dejaron trucas. No le quito a usted nada como abogado. Lo es usted habilísimo, y si tuviera pleitos malos, abominables, yo conozco el manipulador que sabría adobarlos como un lechoncito y pasar gato por liebre a un juez bisoño.

Lo que quiero es que el abogado recibido en el foro de Montevideo y a los 31 años de edad de doctor de la Universidad de Buenos Aires al dejar la clase de derecho, no venga a tomarse esos *grandes aires* de su panfletico *réclame* para Mendoza, diciendo con alusión a él y a mí: “Destruir es fácil, no requiere *estudio*”. Esto por mí. “En política, en legislación, en administración, no se puede edificar sin *estas ciencias* (¡porque son ciencias!) *¿y estas ciencias* no se aprenden escribiendo periódicos?” Esto de la ciencia es por él. Más lejos dice: “¿Qué me haría anhelar a ese empleo, (enviado) la luz?” ¿Cree usted que la diplomacia la dé *la ciencia*! ¡Oh ciencia andando!

¡Alberdi! Estas preguntas hace usted bien de contestárselas a sí mismo. Si a otro le fuera con esa, corre riesgo de que le vuelvan la espalda por toda respuesta.

¿Queréis verlo repantigarse más a este perro de todas bodas en política? He dicho que la República está en guerra; que la guerra arde; que continúa con furor. Esta es la verdad que todos los días nos anuncia por los diarios que redacta y paga el periodista Alberdi.

Esta es la verdad que trae el correo reciente. “A últimas fechas se sabía en Mendoza que el general Urquiza *había rechazado* el convenio celebrado por la diputación del Congreso con el gobierno de Buenos Aires, y que pedía contingentes a las provincias. El de Buenos Aires había enviado una diputación al Brasil compuesta del doctor Alsina, el general Pacheco y el coronel Mitre. El gobierno de Mendoza no ha-

bía reconocido al gobierno de Tucumán, creado por la revolución de Gutiérrez.”

Pero para existir, en cuanto a periodista, Alberdi necesita hacerse una atmósfera artificial. En la paz dice (pero, tunante, ¡estamos en la guerra!). En la paz se trata:

“de constitución,

“de leyes orgánicas,

“de reglamentos de administración política y económica,

“de código civil,

“de código de comercio,

“de código penal,

“de derecho marítimo,

“de derecho administrativo.

“La prensa de combate, que *no ha estudiado*, ni *necesitado estudiar* estas cosas, se presenta *enana* delante de estos deberes. Sus *orgullosos servidores* tienen que *ceder los puestos*...”

Imagínalos a un grupo de provincianos, o los oficiales de Lagos, leyendo esta salida. Sarmiento que *no ha estudiado* estas cosas queda *enanito* ante el señor Alberdi, ¡ministro plenipotenciario cerca de los diarios de Chile!

Excelente la broma, Alberdi, para sus amigos de allende; pero cuando usted dice que “política, legislación, administración, *ciencias* (me explica que son ciencias)” que no se aprenden escribiendo periódicos, no saben en Buenos Aires si lo dice usted por usted mismo o por mí. Allá no lo conocieron nunca ni lo reconocen hoy otra cosa que escritor de periodiquines, la *Moda*, *Figarillo*, compositor de minuetes y templador de pianos, que era su ganapán antes de hacerse abogado en Montevideo.

Dígalo claro y una risa homérica estallará en Valparaíso entre los porteños, se comunicará a Santiago y Copiapó, y si la noticia llega a Montevideo, se desternillarán sus compañeros de estudios y travesuras periodísticas, y en Buenos Aires alquilarán balcones. Allá ignoran que el buquecillo de vela que acertó a salir para Gé-

nova (flete baratísimo en Montevideo, 70 pesos) cuando arreciaban mucho las balas del sitio, lo llevaba a usted a estudiar el derecho en *sus fuentes*, según nos lo espetó usted en un panfletusco *réclame* de abogadillo, que principió cuando convenía, y dejó de seguir cuando no era útil la broma comenzada. Ignoran, acaso, que un hombre maduro, con paciencia, capacidad y *necesidad*, madre de la *ciencia* sobre todo, Alberdi, puede, como lo ha hecho usted, completar sus estudios viajando, recibirse abogado en Chile también ante jueces competentes en la materia y con buena dosis de indulgencia; y con una práctica asidua y laboriosa, con excelentes libros franceses, por no serle familiar el latín que descuidó de niño, labrarse una situación honrada, una reputación merecida y atesorar, en cuanto su capacidad lo permita, caudal de ciencia real, y pesetas pocas, pero muy bien sonadas.

Mas estas razones *complementarias*, abogan tanto por usted como por mí, Alberdi. Tengo treinta años de estudios pacientes, silenciosos, hechos en dónde y cómo se aprenden las cosas que se desean aprender; y no consiento en que truchimanes vayan a presentarme ante los como ellos de escoba de sus pies. Yo no soy abogado: soy simplemente maestro de escuela. Dice usted por ahí que “la *pedagogía* no es la ciencia del publicista, ni las *humanidades* hacen ministros de Estado”. Sea. ¡Conque ni plenipotenciarios hacen! Usted cree, dice en otra parte, “que es mayor rango el de un abogado en una república en paz que el de un ministro plenipotenciario en una república en anarquía”. Me parece que está claro. El abogado en paz ganará reales y renombre si es *cosa*, y el ministro en país en donde haya guerra pasará, sin duda, sus sustillos, ¡porque otra cosa suele ser raro! Pero esta peregrina reflexión se la ha sugerido por contraste otra *in petto*: Si tuviera mi covacha de abogado en Buenos Aires, que está en guerra, ¡qué mal estaría! Teniendo mi hotel de enviado en Chile que está en paz: ¡qué bien me hallaría! “Creo que vale más un abogado en una república que está en paz que un ministro en un país que es-

tá en anarquía” equivale a esta peregrina observación de un corrobés al comer por primera vez aceitunas: “Más dulces, dijo, son los higos”.

La verdad es que usted no cree nada. “Qué importa el robo de un cerdo que remedia una necesidad, en cambio de un castigo espantoso (la muerte), que destruye toda idea de justicia?” digo yo. ¿Qué responde el abogado Alberdi? “Sólo la aversión personal que empezaba a nacer en usted pudo dictarle esa observación *inaudita* del comunismo.” No, Alberdi. No hablo con el periodista explotador de las preocupaciones locales; hablo de derecho. Un hombre roba un cerdo, el juez lo fusila. ¿Hay proporción entre el delito y la pena? ¿Puede existir la idea de justicia donde la vida de un hombre equivale a la *propiedad* de un cerdo? ¡Responda el abogado con escritorio abierto, miembro del foro chileno! ¿Qué hay de inaudito? ¿No ha leído a Beccaria ni a Bentham?

Hemos dejado, pues, establecido al periodista Alberdi poseedor exclusivo de las ciencias administrativas, políticas y legislativas, desechando empleos sin solicitarlos. Veamos ahora cómo trata al que quiere hacer escabel de sus pies. Aquí todavía una trapacería. Va a hacerlo el hazmerreír de los suyos, pulverizarlo en sus escritos presentes y pasados. Alberdi principia por santiguarse. Así lo hace siempre: “No espere usted de mí sino una crítica *alta, digna y respetuosa*!. Nada tengo que ver con su persona, que respeto: voy a estudiarlo en sus escritos, en lo que es del dominio de todos”. Esto promete, pero al periodista le falta tomar otra precaución oratoria. Suprimir el nombre propio de su víctima, y llamarle cosa, *prensa*. Más todavía; no es una prensa sino la prensa en general, la prensa *sudamericana*. Con estas tres concesiones, el periodista Alberdi empieza a sacudir su flagelo haciendo la *crítica alta*:

Ya tenemos la *prensa de combate* que no ha estudiado y que se presenta *enana* delante de estos deberes.

“Sus orgullosos servidores tienen que ceder sus puestos.”

Crítica digna:

“La prensa sudamericana tiene sus caudillos, sus *gauchos malos*, como los tiene la vida pública en otros ramos.”

“El caudillo de pluma es planta que da el suelo desierto y la ciudad pequeña.”

Crítica respetuosa:

“El escritor de este género, el caudillo de la prensa, *libre*, como el *minotauro*¹ de nuestros campos, embiste a la academia, con tanto desnudo como a las primeras autoridades de la República.”

alta:

“En sus manos la pluma fue una espada y no una antorcha.”

“Los que han peleado por diez y quince años han acabado por no saber otra cosa que pelear.” (Dígalo Urquiza.)

digna:

“Es la mala, la venenosa prensa de guerra civil que tiene la pretensión necia de ser la prensa grande y gloriosa que en otro tiempo luchaba con el tirano.”

respetuosa:

“Si los *gauchos* son obstáculo en el gobierno, ¿los *gauchos de la prensa* podrán ser agentes de gobierno regular?”

No crea el lector que el autor señale persona en estas clasificaciones. El autor lo dice: “El interés de este estudio es *impersonal* y desapasionado”.

¹ El minotauro trasladado a América ha tomado otros hábitos que los que tenía en Creta. Allá no salía al campo, se mantenía en un palacio. ¿Se estudiaba así la Mitología, o la retórica en la clase de derecho? Libre cual minotauro pasaría ajustadito. Pero ¿cuál es el minotauro de nuestros campos? ¿Qué barbaridad tan de gaucho bueno y tan luego en defensa de la academia! - (Nota del autor.)

³ El oro aparece siempre en las cuestiones políticas, 9000 pesos de renta de un enviado. Entradas de Alberdi al año. Si la mitad, 18.000 pesos, si la 3ª parte, 27.000 pesos, si la 4ª, 36.000 pesos ¡oh, saca-callos sublime! - (Nota del autor.)

Hemos visto que para principiar sus campañas de *El Mercurio* y del *Diario*, que publica los boletines del sitio de Buenos Aires, los proyectos de tratados entre los beligerantes, que pelean hace un año, Dulcamara supone que en la *época de paz* sólo los charlatanes pueden escribir. Para corroborar su tesis, que no necesitaba, puesto que está nombrado enviado y escribe en *El Diario*, hace una distinción de prensa de combate y prensa de abogados, de prensa de guerra y prensa de paz. La prensa de paz es la que publica los partes de Lagos, y la de guerra es la que escribió *La Crónica*, *Argirópolis* y *Sud América*. Estas distinciones traen sus resultados prácticos. “La prensa de combate queda *enana*”, punto que ha probado Alberdi, y sus orgullosos servidores tienen que *ceder sus puestos*, lo que está probado, desde que Alberdi, que desempeña “el nuevo rol, los nuevos deberes que impone la nueva época”, es enviado diplomático, atascado, es verdad, en una *impasse*, o albañal.

Yo me reservo para adelante dar una pincelada sobre otra facción de la prensa sudamericana, estudio *impersonal* también del *pillo* de la prensa periódica, y del panfletico de circunstancias; bicho nacido como el otro en la ciudad pequeña, pero desarrollado después en los desvanes y escondrijos de la ciudad grande; escuálido y entecado de constitución, pero soñando el Bajo imperio, gobernado por soldados que levantan en los escudos los bárbaros, y dirigidos por eunucos, entre los cuales espera colocarse un día.

Entonces revelaré la receta del oficio en que aleccionaba a un discípulo novel. “El arte del periodista es reedificar castillos todos los días en la punta de un alfiler.” Lo ha practicado usted, Alberdi, toda su vida, y lo practica hoy en *El Diario*, *El Mercurio* y *El Club* que son pro-tempore su hotel y su oficina de la embajada argentina. Si algún malintencionado quisiese entender que el *pillo* es el adversario del *gaucho malo* de la prensa, y personalizar esta cuestión, eminentemente *impersonal*, como usted la ha establecido, ni aun así rechazo las conjeturas. Gala es del diplomáti-

co ser *pillo* desorejado. Talleyrand, que no era abogado sino obispo, pasa por el patriarca de la orden, y él y no usted fundó el axioma: Dios dio la palabra al hombre para disfrazar su pensamiento.

A propósito del empleo que recibió para escribir las cartas de Quillota le prevendré que no olvide que el Enviado a Chile fue nombrado a mi salida de Buenos Aires, y que Urquiza dijo (hay aquí testigos) que ahí me mandaba ese. Habla usted de sus instrucciones (que *conozco*) y en ellas no está especificado el objeto, sino los pretextos ostensibles: —Cuestión Mur, Magallanes— abandonar a Magallanes si el gobierno de Chile resiste, y sostener los Potreros de Cordillera.

Cuando se supo la revocación de Mármol, a cuantos preguntaban quién lo sustituiría, dije sin titubear: Alberdi. Cuando de Copiapó me preguntaron qué significaban las maniobras de Valparaíso (en agosto) contesté: es Alberdi que se rebulle para reemplazar a Mármol. Tengo la contestación de 24 de agosto en que me dicen: “todo queda explicado ahora”.

Cuando el nombramiento le llegó le di los parabienes, ofreciendo comunicarle cuanto sabía personalmente conducente a tratados postales, comercio de cordillera, etc., y me contestó usted una carta que es el modelo, no ya del hipócrita, ni del gazmoño, sino del tonto estúpido, que no sabe medirse en las mentiras, que no sospecha que causa náuseas, porque tienen los *gauchos* el decoro y la longanimidad de dar vuelta la cara, y pasarse un pañuelo por el rostro, a fin de no molestar a nadie, mostrando las sensaciones desagradables que experimentan.

Su carta principiaba así:

“Aún no he pensado lo que haré respecto al empleo de que usted me habla, y que me ha *tomado de sorpresa* (¡Qué tuno!) Tiene para mí la desventaja de que...”

(Bueno, bueno, Alberdi, dije para mí, y dando vuelta la página sin leer lo que en forma de catálogo sigue, por creerlo excu-

sado, busqué si al fin de la carta había algo serio. Como es esto un hecho que no puede comprobarse por no tener testigos, lo creerá usted una *blague* de las que usted usa; pero apelo a los señores Peña y *tutti quanti*, que me lo han oído repetir, ya al recibo de su carta, ya un mes, dos meses después, contándoles esta muestra de hipocresía tan necia.)

No había leído el catálogo de *incompatibilidades* que usted me espetaba; y he repetido a todos siempre: “ahí tengo la carta, y no le he de dar más castigo a este majadero que no leer en mi vida el trozo que salté con asco”.

Ahora que usted discute por la prensa esto mismo, he tenido que contrariar mi propósito leyéndola, y encuentro preciosidades que no esperaba. Copio como está escrito. “Tiene para mí (el empleo) la desventaja de que me saca de mis hábitos de aislamiento y de independencia, ya que estoy tan acomodado.”

“Reduce mis entradas pecuniarias a la mitad, a la 3ª o quizás a la 4ª parte de lo que hoy son².”

“Me distrae de mi viaje a Europa que tengo en vista hace tiempo.

“Pero si viere la posibilidad de hacer algo útil y serio para el país en nada de esto me detendría.

“Hasta hoy no he tomado a lo serio la cosa, sino como novela de periódico.” (¡Qué descaro!)

“No he contado entre los inconvenientes la revolución de Buenos Aires, pues que a la hora la supongo vencida.”

“Hace cinco días que sabía yo el hecho; etc..” Como las mujeres, de quienes se dice que en la postdata ponen siempre el asunto,

² El oro aparece siempre en las cuestiones políticas, 9.000 pesos de renta de un enviado. Entradas de Alberdi al año. Si la mitad, 18.000 pesos, si la 3ª parte, 27.000 pesos, si la 4ª, 36.000 pesos ¡oh, saca-callos sublime! - (Nota del autor.)

to principal de la carta, todos los *pillos* tontos dicen en ella lo que niegan o callan, lo que afirman y piensan.

“No he contado entre los inconvenientes la revolución de Buenos Aires” es señalar el busilis, el verdadero inconveniente, porque los catalogados son paparruchas de vieja solterona a caza de maridos.

Me dice usted en su panfletito que me había engañado al decirme en una de las cartas que no aceptaría el empleo. Como el que miente por hábito, por necesidad imperiosa (¡qué sería usted si dijese verdad!) no sabe cuándo ha dicho verdad, se ha equivocado atribuyéndose una falsedad de que no es culpable esta vez. Como ve por el texto de su carta, no me ha dicho que no aceptará. Al contrario, me dice usted: “Pero si viere la posibilidad de hacer algo de útil y serio para el país, nada de esto (el viaje, la disminución de entradas al cuarto, y la incomodidad de dejar sus comodidades), nada de esto me detendría”; y más abajo, contestando a mis ofrecimientos de comunicarle lo que sabía personalmente conducente a tratados postales y de comercio, me decía: “si mi empleo se volviese realidad (si no era novela de periódico) usted sería, lo he pensado, mi cooperador más útil y precioso...” “Nada he leído sobre las publicaciones (sobre comercio y caminos de cordillera, Sud América) de que usted me habla.” Esto por entendido. Las *ocupaciones del oficio* de curar callos no dan *tiempo para nada*.

Usted repite, hace repetir, publica y discute las razones para su no aceptación del dicho empleo. Para mí todas son buenas. Pero *El Diario* de Valparaíso, donde usted escribe sus cosas *serias*, y redactado por mis amigos del ministerio, sugirió la idea de reconocerlo a usted encargado de negocios, aún sin el asentimiento de Buenos Aires, que revocó, en el acto de reinstalar el gobierno provincial, el nombramiento de usted. *El Mercurio* le dio una zumbra graciosísima sobre los cónsules, vicecónsules, precónsules y enviados. Tomando la cosa a lo *serio*, y dejando a un lado las *novelas*

de periódico, ¿quién escribió o inspiró esos artículos? ¿El ministerio de Gobierno de Chile, de quien en cosas graves se aconsejan los representantes de *El Diario*? Agregue usted a sus títulos ese: El gobierno de Chile insinuó la conveniencia de que fuese recibido; y usted no ha querido.

La verdad verdadera, Alberdi, es la de su carta-mentira. Para que su empleo fuese realidad era preciso que la revolución de Buenos Aires fuese sofocada. No lo ha sido hasta hoy, *como usted sabe*, y el empleo está en expectativa de un desenlace favorable, no a la República sino al empleo. Si Buenos Aires triunfa, empleo y empleado van a freír monos, escribir novelas de periódico, o defender pleitos en una República que “esté en paz”. Pero si el título no se ha hecho “realidad”, no ha dejado usted por eso de llenar cumplidamente las condiciones previas, escribir “novelas de periódicos”, subvencionar diarios, redactarlos, esparcirlos, reunir clubs, dirigirlos, sostenerlos, agitarlos, mantener correspondencias, recibirlas, publicar lo favorable, torcer, desfigurar, callar lo adverso, ennegrecer a Buenos Aires que lo revocó, y pelear desde la prensa de Chile, en nombre de la prensa de Chile, en las cuestiones argentinas, cosas que usted ha desempeñado admirablemente, y sin reposo, al mismo tiempo que las ocupaciones *del oficio*, que sus hombros de mosquito, que la falta de *tiempo*, que la hi. de p. que lo tiró de las patas...

Escribiendo en *El Diario*, en *El Mercurio* en favor de Lagos contra el gobierno de Pinto, en favor de Urquiza contra Buenos Aires, publicando partes de batallas, derrotas, asaltos, asedios, revoluciones sofocadas, invasiones, parlamentarios enviados, tratados concluidos y no ratificados (esto calla usted, etc., etc.), dice usted con la *seriedad*, con el aplomo, con la verdad que forman el fondo de su carácter, de sus escritos, todos, y de su vida pública (cosas que conocía bien Gutiérrez, cuando lo recomendó como mandado hacer para el caso) dice usted: “En la paz, en la nueva época...” ¿habráse visto tuno más impávido que este?... Y

todo su librecillo está montado sobre esta base de arena. En la paz octaviana que disfrutamos, entre la batalla del Salado el 22 de enero, fecha del libreto de Quillota, y la batalla de Tucumán en febrero, en que murieron el gobernador Espinosa y dieciocho jefes y oficiales...

SEGUNDA DE CIENTO Y UNA Y VA DE ZAMBRA

Alberdi, siempre Alberdi. Adhesión al Pacto Federal del 4 de enero de 1831
Brindis del Señor Alberdi en un banquete a Mayo, 1851, Valparaíso.

Alberdi; siempre Alberdi

En la paz octaviana, pues, en que se halla la República Argentina, Alberdi hace el inventario y catálogo de las cualidades y ciencias que hacen dignos de ocupar *los puestos* que ceden a todos los aventureros y pillos con pluma o con espada, "los orgullosos servidores de la prensa de combate". Pero esta pandecta viviente o pandereta de códigos administrativo, penal, *forestier*, marítimo, tiene entre las oportunidades de su ingenio una que es como un salvavidas para sobrenadar, no sabiendo hacerlo de otro modo.

Cuando el que *ignora* todas estas ciencias, a lo que él dice (¡porque son ciencias!) discute el Pacto de San Nicolás *en derecho*, las cuestiones que se ventilan *en derecho*, el abogado, el jurisperito, a cuya *ciencia* no da realce una embajada, para poder mirar las cuestiones con su espíritu visco, acude a vistas *prácticas*, de hechos *prácticos*, ejecutados por hombres *prácticos*, en el terreno *práctico*; y estofados y mechados en Chile por cocineros *prácticos*, a merced de consideraciones *prácticas*.